

RESEARCH ARTICLE

COSTUMBRES MORTUORIAS EN EL NOROESTE DE MESOAMÉRICA

Mortuary Customs in Northwest Mesoamerica

María Teresa Cabrero G.

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México
(cabrerot@unam.mx)

*Oh triste sendero donde no sabemos adónde nos guías,
último capítulo donde se termina toda nuestra historia.*

*La muerte será igual que nuestra vida,
sonriente y confiada o triste y medrosa,
pero de igual modo no nos queda nada.*

Catalina Puig, 6 de enero de 1948
(Mi abuela)

RESUMEN. *El hombre, ante el fenómeno natural que representa la muerte, ha creado una serie de acciones para demostrar que la persona muerta continúa viviendo en algún lugar desconocido; de esa manera la inmortaliza. Para ello, procura un lugar especial donde depositarla y acompañarla con las pertenencias que utilizó, incluyendo representaciones de sus deidades, así como del difunto y de las personas que lo rodearon en vida.* **PALABRAS CLAVE.** *Costumbres mortuorias; noroeste; Mesoamérica.*

ABSTRACT. *Mankind, faced with the natural phenomenon of death, has created various practices expressing that our dead live on in an unknown realm, immortalized. For these customs, we have sought meaningful places in which to lay the deceased individual to rest and arrange them with their belongings – these often include religious effigies, as well as symbols of themselves and of the people who surrounded them in life.* **KEYWORDS.** *Mortuary customs; Northwest Mesoamerica.*

INTRODUCCIÓN

La muerte representa la última acción de todo ser humano. Desde que apareció el hombre en este plane-



Figura 1. Entierro en cista de piedra descubierto en Nayarit. Tomado de Protocolo.com Cultura, 12 de octubre de 2012.

ta, la muerte ha constituido una incógnita muy temible sin despejar. El hombre siempre se ha cuestionado qué ocurre después de morir y se niega a creer que todo acaba; por ello, ha desarrollado una serie de acciones con las cuales la persona muerta tenga la posibilidad de «vivir» bien en el lugar donde moran los muertos.

Cada sociedad, ya sea sedentaria o nómada, independientemente del desarrollo que haya alcanzado, ha tenido y tiene un determinado ritual mortuario en consonancia con su ideología (religión, cosmovisión), sus posibilidades económicas y, como consecuencia, la adquisición de materias primas y objetos considerados símbolos de riqueza y distinción; que fueron utilizados en vida y en la muerte para expresar el papel social que ocuparon dentro de la comunidad con la finalidad de perpetuar su memoria. Cuando el arqueólogo descubre una tumba de cualquier tipo tiene la oportunidad

Recibido: 21-9-2020. Aceptado: 28-9-2020. Publicado: 8-10-2020.

de penetrar en la ideología, en el desarrollo material alcanzado y en la economía de un pueblo; infiere el posible rol social que desempeñó el individuo enterrado a partir de los objetos de la ofrenda y el lugar seleccionado para su depósito final.

En este trabajo trataré de explicar las acciones conocidas del ritual mortuorio de algunas culturas prehispánicas asentadas en el norte y el occidente de México; también procuraré justificar dichas acciones en base al ambiente en el cual vivieron, así como a las posibilidades que tuvieron para honrar a sus muertos.

Entre los pueblos prehispánicos que habitaron el territorio de México, cada cultura —entendida esta como la unión de pueblos que comparten rasgos ideológicos, económicos y sociales y viven dentro de una misma región— desarrolló un ritual mortuorio específico con determinadas acciones; a ello se debe la existencia de una gran variedad de formas para disponer el cuerpo de un miembro de la sociedad en el momento en que muere.

Aunado a lo anterior y de forma generalizada, el papel que desempeñó el individuo dentro de su sociedad determinará el tipo, la calidad y la cantidad de acciones que se lleven a cabo para que su «vida» después de la muerte sea agradable. A todo lo anterior van unidas las creencias religiosas; los dioses juegan un papel muy importante, ya que depende de ellos que el individuo se dirija al lugar apropiado para que «viva» después de su muerte de forma similar a la vida mundana.

Es así que hay un gran número de maneras de enterrar a los muertos: van desde una fosa hasta un gran monumento. De igual manera, los artefactos que integran las ofrendas que encontramos van desde una olla sin decoración hasta una amplia variedad de objetos de distintas materias primas; también hallamos representaciones humanas y animales de todo tipo. Sin embargo, hay individuos que por algún motivo no estuvieron acompañados por ningún objeto y cabe preguntarnos: ¿cuál fue la razón por la que estas personas no fueron enterradas con ninguna ofrenda? Puede haber múltiples motivos, algunos de los cuales podrían ser los siguientes: fueron cautivos de guerra, ofensores en su comunidad, sacrificados en aras de los dioses o, simplemente, porque formaron el grupo de más bajo nivel social carente de toda posibilidad de honrar a sus muertos con algún tipo de ofrenda.

Cualquiera de estas razones es válida para suponer la ausencia de ofrendas, aun cuando no se disponga de un contexto arqueológico que señale el papel social que desempeñaron dentro de su comunidad.

ACCIONES MORTUORIAS

Las acciones mortuorias son amplias y muy variadas: entierros individuales o entierros múltiples depositados dentro de fosas, cistas, tumbas, cementerios, bajo edificios muy especiales tales como templos o palacios, o bien en el interior de las casas o terrazas habitacionales.

Fosas

Por lo general, se colocan en fosas sin ninguna preparación. El estrato social al que pertenecieron se puede inferir por la presencia o ausencia de ofrenda y el lugar donde se depositaron. Por ejemplo, la gente de estrato social bajo (el campesinado con distintas labores, además de sembrar y cultivar la tierra, se utilizaba como mano de obra en la construcción de edificios y tumbas) se enterraba fuera de los recintos ceremoniales o bajo el piso de su casa. Los individuos de estrato social alto se depositaban en lugares con mayor importancia social y religiosa, como en el caso del interior de un recinto ceremonial, y estaban acompañados por una ofrenda significativa.

Las fosas son la manera más común de enterrar a los individuos, por lo que están presentes en todos los sitios. Contienen uno o más individuos y pueden encontrarse en lugares especiales o en zonas habitacionales. También muestran distintas formas, sobre todo cuando se trata de entierros múltiples, ya sean primarios (depósito de un individuo recién muerto) o secundarios (remoción de restos óseos del lugar original en que se depositaron). En estos últimos (secundarios) se nota el pensamiento universal de cualquier pueblo en cuanto al respeto por el individuo fallecido, cuyos restos óseos no pueden ser desechados.

Uno de los mejores ejemplos conocidos proviene de la cuenca de Sayula, donde se descubrieron más de 100 entierros en fosas individuales y colectivas (Acosta 1997). Dentro de esta acción mortuoria se incluyen todos los sitios, tanto del occidente como del norte de México, por lo que sería largo y cansado enumerar cada uno de ellos; en este trabajo solo se mencionan las acciones más relevantes.

En la cultura Bolaños, los entierros se encontraron mayormente en fosas sin ofrenda, aunque en lugares de importancia social y religiosa. Se descubrieron 69 depósitos de individuos en distintos lugares dentro del centro cívico-ceremonial de El Piñón (centro de control de la región) y, en Pochotitan, 37 fosas (sitio donde se efectuaban las transacciones comerciales).

También hubo entierros acompañados de ofrenda. En el sitio de Pochotitan se descubrió un entierro dentro del círculo que formaba el centro cívico-ceremonial. El individuo se colocó en posición extendida y fue acompañado por una vasija semejante a las de las tumbas de tiro y un hacha de garganta con la efigie de un perro en la parte distal; lo anterior se interpretó como un miembro de la élite de la sociedad que, muy probablemente, estaba al mando de las transacciones comerciales a las cuales se dedicaba el lugar cuya ubicación era la orilla del río (Cabrero y López 2002).

En el sitio de El Piñón se descubrió, en una zona dentro del centro ceremonial, el depósito de seis personajes muy importantes de esta cultura pertenecientes al periodo posterior al de las tumbas de tiro. En cada fosa se encontró un individuo en posición flexionada, acompañado por una rica ofrenda de objetos hechos en concha marina procedente del océano Pacífico; se identificaron la especie *Spondylus* sp., caracoles pequeños procedentes de la costa de Jalisco (*Persicula bandera*) y cuentas hechas de coral negro (Cabrero 2016). En base al lugar y la riqueza de las ofrendas, se interpretó que este grupo de entierros representó a individuos muy importantes dentro de esa sociedad, tal vez gobernantes que debían enterrarse dentro de un espacio «sagrado» como era el centro cívico-ceremonial del lugar, y para distinguirlos y perpetuar su memoria se les depositó con una ofrenda muy rica de objetos de origen marino.

Un tercer entierro de este tipo fue descubierto en una de las terrazas del centro ceremonial de El Piñón. Se trató de una fosa con un individuo adolescente cubierto con cinabrio pero sin ofrenda. Este hallazgo fue único, pues la utilización de cinabrio dentro de esta cultura es muy rara, por lo cual se pensó que debía de tratarse de un miembro del estatus alto que iba a ser depositado en el interior de una tumba de tiro. Sin embargo, la construcción de la tumba de tiro no pudo llevarse a cabo porque se encontró una roca extraordinariamente grande que lo impidió; lo anterior se basó en el descubrimiento de un tiro circular que empezó a excavar hasta topar con la roca, por lo cual el adolescente fue depositado en una fosa contigua al tiro, destacando la importancia del individuo al cubrirlo con cinabrio (Cabrero y López 2002).

Cistas

Estos recipientes mortuorios conllevan una específica preparación; por lo general se trata de fosas recubiertas con losas hechas con piedra donde se deposita un

individuo con ofrenda. En la cultura Bolaños se descubrió una cista semejante a la descrita en cuyo interior se depositó un individuo en posición flexionada con una punta de flecha entre las costillas; lo cual permite proponer que dicho individuo murió a causa de la herida infligida. Pero, ¿quién fue el personaje al que dieron esta sepultura, ya que es el único en toda la región depositado dentro de una cista en forma de embudo hecha de piedras? El análisis bioarqueológico señaló que se trataba de un individuo con características biológicas diferentes a las de los demás entierros y apuntó la posibilidad de tratarse de un personaje extranjero que llegó a través de la ruta comercial propuesta (Cabrero y López 2002; Cabrero 2019; García Jiménez 2013).

En el sitio de La Pitayera, en Ahuacatlán (Nayarit), se descubrieron varias cistas hechas con piedras acompañadas con ofrenda (González y Beltrán 2013) (figura 1). Por otro lado, en La Quemada se descubrió una cista osario (Gómez Almudena *et al.* 2007); esta construcción tuvo grandes dimensiones y su contenido fue principalmente de huesos largos y cráneos con huellas de corte, lo cual indicaba la práctica del desmembramiento, que a su vez señala la presencia de la costumbre de colgar dichos restos óseos a manera de *tzompantli*, del que más adelante trataremos. Faulhaber (1960) fue la primera en analizar los restos óseos recuperados en el salón de las columnas de este sitio y observó la presencia de desmembramiento en los huesos largos, otro rasgo que señala la presencia de un *tzompantli*; sin embargo, la investigadora indicó que, mientras no hubiese más descubrimientos, no se podía estar seguro de esta costumbre mortuoria.

Tumbas de tiro

Esta modalidad es la más común cuando se trata de un individuo de alto estrato social. En el occidente de México, específicamente en Colima y Nayarit, se han descubierto tumbas de tiro individuales empleadas para un único evento; son tumbas con una cámara muy pequeña donde el individuo fue depositado acompañado por una ofrenda reducida de objetos y figurillas. Sin embargo, dentro de esta costumbre fueron los entierros múltiples los más frecuentes, depositados en una tumba de una o más cámaras de mayores dimensiones que las anteriormente mencionadas. Por desgracia, son muy escasas las tumbas selladas encontradas; entre ellas, contamos con el hallazgo de la tumba de tiro de Huitzilapa, que mostró dos cámaras entre un solo tiro y una rica y espectacular ofrenda (López Mestas 2007). En el

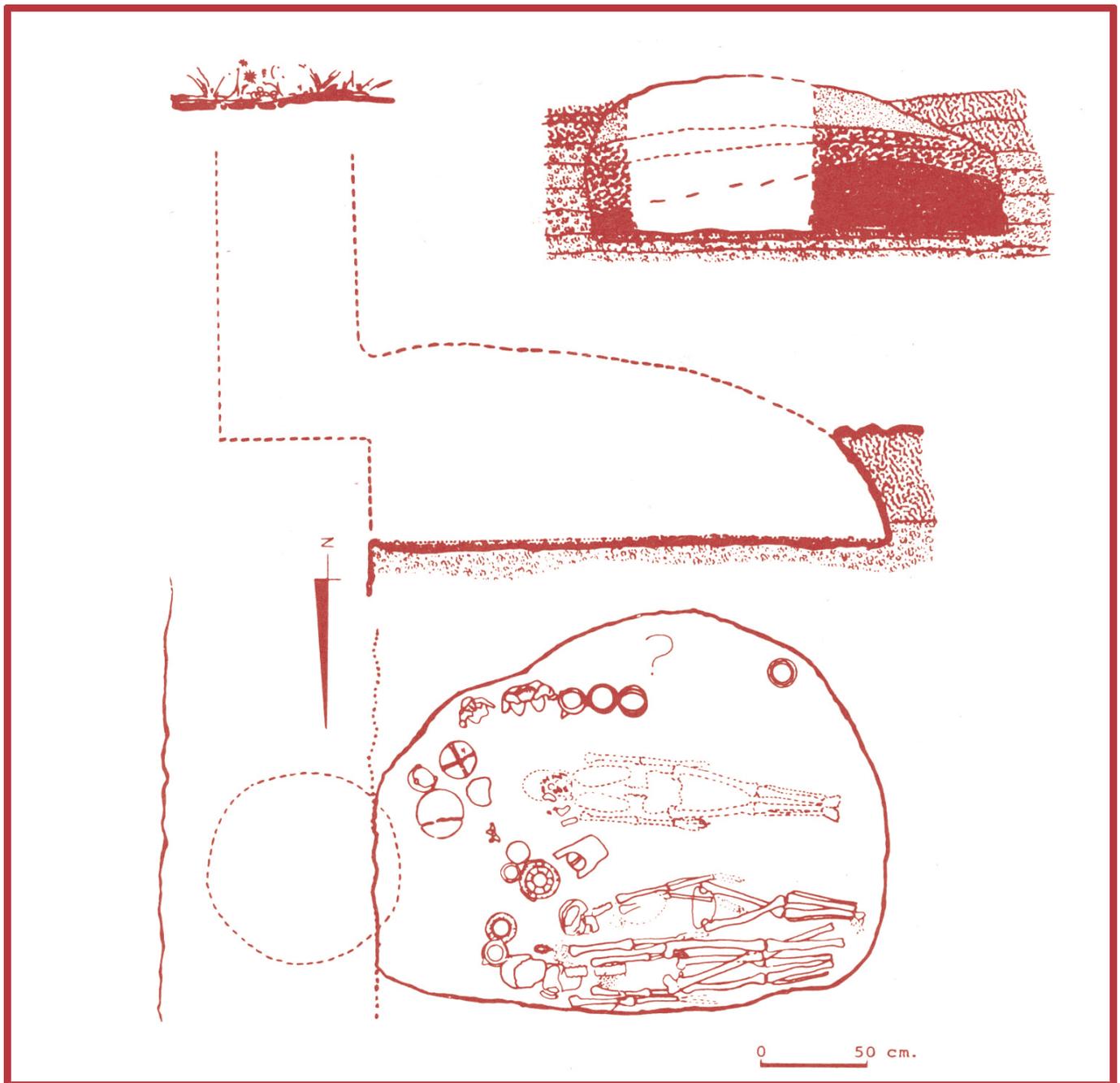


Figura 2. Tumba de tiro en Atemajac, Jalisco. Tomado de J. Galván (1991), INAH.

fraccionamiento de Tabachines, ubicado en la zona metropolitana de Guadalajara, se descubrieron varias tumbas de tiro de una cámara y depósitos múltiples (Galván 1991) (figura 2).

En Colima se han encontrado numerosos monumentos mortuorios intactos de este tipo; por lo general, se trata de tumbas pequeñas, dentro de las cuales se depositó un solo individuo, pero siempre acompañado por ofrendas (Zavaleta *et al.* 2016).

Nayarit también compartió esta tradición; en el sitio Los Toriles se descubrieron varias tumbas saqueadas

(González Gómez 2001), aunque en el sitio La Playa, situado en las orillas del río Grande de Santiago, se hallaron varias tumbas selladas (Barrera y Kraczkowska 2009).

En el cañón de Bolaños se descubrieron tres tumbas de tiro selladas que fueron reutilizadas durante más de 200 años (fechas de ^{14}C). La constitución del suelo y la falta de terreno impidió construir tiros y cámaras de grandes dimensiones; sin embargo, el contenido de cada tumba fue sobresaliente (Cabrero y López 2002; Cabrero 2019).

Tumbas de caja

Se trata de individuos de alta jerarquía depositados dentro de cajas hechas con muros de piedra. El ejemplo más sobresaliente se encontró en el sitio La Higuera, situado en el centro de Jalisco (figura 3). El contenido de las tumbas consistía en varios individuos depositados en el interior y acompañados por una rica ofrenda de todo tipo de objetos: vasijas y copas decoradas con la técnica *seudo-cloisonné*, artefactos de obsidiana, piedra verde, etc. (López Mestas 2007). Tenemos otro ejemplo en El Grillo, ubicado en el fraccionamiento Tabachines, en Guadalajara, donde se encontró este tipo de tumba además de tumbas de tiro (Schöndube y Galván 1978; Galván 1991).

Ollas

Que pueden catalogarse como recipientes mortuorios o urnas funerarias. Esta modalidad muestra dos maneras de emplear una olla de gran tamaño para depositar los restos óseos de un individuo. En la primera se depositan en el interior de la olla los restos óseos de un individuo que, en el momento de morir, fue enterrado o dejado a la intemperie hasta que la carne desapareció. En la segunda se colocan los restos óseos en el interior de la olla siguiendo un determinado patrón y se cierra el recipiente con un cuenco para enterrarlo más tarde; esta modalidad se ha encontrado principalmente en la región de Sinaloa. Según los arqueólogos que han estudiado los restos óseos de las urnas funerarias, estas perduraron durante gran parte del periodo prehispánico (Ceja 1991; Hulse 1945; Carpenter y Sánchez 2012; Gill 1971) (figura 4).

Presencia de cremación

Se logró identificar el uso de la cremación de restos óseos humanos en varios sitios: las tumbas de tiro de Bolaños y en El Chanal de Colima. En el primero, los restos óseos cremados se encontraron dentro de grandes ollas depositadas en el interior de la cámara de cada tumba que, al reutilizarse en diversas ocasiones, se llenaba con depósitos anteriores; entonces se extraían los restos óseos, se cremaban en el exterior de la tumba para introducirlos en una olla grande y se devolvían al interior de la cámara (esta acción señala que los restos óseos de los individuos debían permanecer en el interior de la tumba). En El Chanal también se hallaron restos óseos cremados asociados a entierros primarios; sin



Figura 3. Entierro en tumba de caja en La Higuera, Jalisco. Tomado de L. López (2007), FAMSI.

embargo, no se logró conocer la intención de esta acción y, a manera de hipótesis, se señaló que los restos óseos cremados podrían estar presentes como si fuesen una ofrenda (Montiel y Baños en Olay 2004).

Cazuelas

Esta modalidad es poco común en el occidente de México a diferencia de otras culturas como la maya, la mexica o Teotihuacan. Dentro de la cazuela se deposita un infante y se tapa con una segunda cazuela antes de ser enterrada. El único caso reportado para el occidente lo fue en la investigación de Schöndube (1994) en Tamazula.

Cementerios

El criterio de denominar cementerio es común en cualquier investigación arqueológica cuando se descu-



Figura 4. Entierro en olla (tomado de *Excavaciones en Mocorito, Sinaloa. Las urnas funerarias de "La Estancia"*, Rosa Morada, V. J. Santos *et al.* Serie Arqueología de Sinaloa. Centro INAH Sinaloa. Ed. La Flor del Océano, 2013.

bren más de dos enterramientos dentro de un área pequeña; sin embargo, existen verdaderos cementerios en diversos sitios, como el hallado en Colima, donde se han localizado fosas agrupadas dentro de un área limitada, por lo cual se han interpretado como cementerios (Zavala *et al.* 2016). Sin embargo, no es el único caso reportado. En muchos sitios se descubren zonas específicas para enterramientos, por ejemplo en Sinaloa, donde se localizaron montículos mortuorios, verdaderos cementerios (Carpenter 2012).

Entierros colectivos

Se refieren a un personaje importante acompañado de mujeres, sirvientes y sacerdotes sacrificados. Estos entierros pueden estar dentro de tumbas o depositados en el interior de un templo. En el primer caso tenemos los depósitos en las cámaras de las tumbas de tiro; en el segundo son depositados en el piso o en el interior de uno de los templos. Uno de los ejemplos proviene de Alta Vista, en Zacatecas (Kelley 1978; Medina y García

2010) (figuras 5 y 6). Otro está en el sitio Los Pilarillos, identificado como un asentamiento perteneciente a La Quemada. En este lugar se encontraron dos grandes fosas con restos óseos de individuos desarticulados; en la primera se descubrió el entierro de un individuo desarticulado pero completo, con ofrenda y un cráneo extra, que había sido decapitado; en la segunda se trató de múltiples restos óseos de hombres, mujeres y adolescentes (Nelson 1998).

Entierros múltiples de adultos

Se distinguen de los anteriores por encontrarse en zonas habitacionales y sin ofrenda, como el reportado en la cuenca de Sayula (Acosta 1994, 2005). En este caso podría tratarse de una posible epidemia que no dejó huella en los restos óseos. Debe de haber otros casos similares, sin embargo, la escasa investigación arqueológica lo ignora.

Utilización de restos óseos humanos en lugares a la intemperie

Esta acción se limita, hasta el momento, a tres lugares situados en el norte de México: La Quemada, Alta Vista y El Huistle (Nelson *et al.* 1992; Kelley 1979; Hers 1989). En La Quemada se propuso que representaba un culto a los ancestros; en Alta Vista manifiesta sacrificio humano, decapitación y exhibición de cráneos y huesos largos; y en El Huistle la autora lo interpretó como un *tzompantli*, costumbre mexicana de colgar los cráneos para su exposición (González 2013).

Según González, *tzompantli* significa en náhuatl «muro, hilera o bandera de cabezas». Al cráneo se le perforaba un agujero en las sienas para ensartarlo en las varillas de madera hasta formar un conjunto de hileras con cráneos. Dichos cráneos pertenecían a individuos sacrificados en honor a los dioses (González 2013: 75-79). Las descripciones de esta costumbre se encuentran



Figura 5. Entierro de cráneos, mandíbulas y huesos largos descubierto en el Templo de los Cráneos, en Alta Vista. Tomado de *A cien años del descubrimiento de Alta Vista*, H. Medina y B. García, INAH y Gobierno de Zacatecas, 2010.



Figura 6. Entierro múltiple de personajes importantes descubierto en la Pirámide del Sol, en Alta Vista. Tomado de *A cien años del descubrimiento de Alta Vista*, H. Medina y B. García, INAH y Gobierno de Zacatecas, 2010.

entre los cronistas del siglo XVI, quienes relataron las costumbres de los mexicas. Las investigaciones en el Templo Mayor de Tenochtitlan y en el de Tlatelolco descubrieron cientos de cráneos que observan este tipo de manipulación (Solari 2008); además, por otra parte, tenemos las representaciones de hileras de cráneos hechas en piedra y las ilustraciones de esta costumbre que dejaron los cronistas (Matos *et al.* 2017) (figura 7).

Es curioso que en La Quemada y Alta Vista se hayan descubierto los posibles *tzompantli* (figuras 6 y 7). Ambos sitios muestran periodos tardíos. Me pregunto si cabe la posibilidad de que esta costumbre haya llegado desde el centro de México a través de la ruta de intercambio del interior que propuso Kelley (1980), pues las caravanas de comerciantes arribaban hasta los yacimientos de turquesa de Nuevo México.

En el Templo Mayor se han descubierto miles de objetos hechos con turquesa (Melgar 2016); ahora bien, el cerro de El Huistle está fuera de la ruta, pero muy cerca del cañón de Bolaños. ¿Sería posible que este pequeño sitio obtuviera objetos de concha para abastecer

a los grandes desarrollos que representan La Quemada y Alta Vista? En el sitio de Pochotitan (situado a orillas del río Bolaños) se descubrió un taller donde se elaboraban objetos de concha marina y de río. De esta manera se explicaría el contacto de El Huistle con La Quemada y Alta Vista y la presencia de un posible *tzompantli* en dichos sitios.

A su vez, la ausencia de esta costumbre en la región de Bolaños podría significar que la ruta de comercio que atravesaba el cañón de Bolaños se limitaba al intercambio de mercancías, además de que las caravanas con las que tuvieron contacto serían de gente teotihuacana, como lo demuestra la presencia del colgante de serpiente emplumada en uno de los entierros y la orejera con la representación de Tláloc dentro de la casa de los sacerdotes (Cabrero y López 2002; Cabrero 2016).

Lo anterior no significa que gente de procedencia teotihuacana haya estado en el cañón de Bolaños, sino que los bolañenses tuvieron contacto con los integrantes de las caravanas teotihuacanas y adoptaron algunas representaciones de sus deidades para venerar a sus



Figura 7. El *Huey Tzompantli* de Tenochtitlan descubierto en el Templo Mayor de la ciudad de México. Tomado de Octavio Alonso Maya, 2016.

muertos más importantes, tal vez gobernantes (Cabre-ro y López 2002).

Práctica de desarticulación, desmembramiento y perforación intencional del cráneo

Esta práctica se asocia con el *tzompantli* en los tres sitios mencionados. A través del análisis óseo se identificaron estas tres prácticas, tanto en individuos recién fallecidos como en restos óseos de entierros anteriores. Se ha propuesto que estas prácticas mortuorias se iniciaron en las culturas del norte de México (Kelley 1983; Nelson 1998; Nelson *et al.* 1992; Hers 1989).

Presencia del perro

Este animal ha estado presente desde las primeras manifestaciones humanas en el mundo prehispánico de México, desde ser un fiel compañero en el mundo real hasta haber sido integrado en la cosmovisión prehispánica y, como tal, haber obtenido su calidad como dios entre las culturas mesoamericanas. Sahagún, en su obra

que incluye el Códice Florentino, relata e ilustra las razas y el papel que jugó en la vida cotidiana y en la cosmovisión del pueblo mexicana (Sahagún 1969). Asimismo, Seler (1996) describió el papel del perro en la cultura maya. Ambos ejemplos denotan la importancia y el papel que desempeñó este animal. Por desgracia, en el occidente y norte de México se carece de algún manuscrito dejado por los cronistas del siglo XVI donde se mencione el papel que jugó este animal en la cosmovisión de estos pueblos, por lo que entre las culturas del norte solo nos quedan los hallazgos arqueológicos. Sin embargo, en el occidente tenemos las representaciones en barro provenientes del periodo de las tumbas de tiro que, según el contexto mortuario en que se presentan, señalan la inclusión de esta costumbre funeraria en la cosmovisión (Cabrero y García 2015; López Mestas 2014).

En Marismas Nacionales, Sinaloa, se descubrieron varios entierros de perros y un mapache, depositados como ofrenda en los entierros humanos (Gill 1971). Los sitios mencionados son los más sobresalientes, pero en casi todas las manifestaciones de los pueblos se tiene la presencia de este animal.

CONCLUSIONES

A través de las someras descripciones expuestas en este trabajo, se llega a la conclusión de que las acciones que encierra la costumbre mortuoria en el mundo prehispánico responden a la negación del hombre a reconocer que al morir se acaba todo, por lo que se han construido una serie de acciones encaminadas a:

a) Honrar a los personajes importantes de la comunidad dedicándoles un elaborado entierro para que lleguen a la «otra» vida bien equipados y pudieran disfrutarla en forma similar a la mundana.

b) Buscar la protección de los dioses para «vivir» sin peligros de fuerzas malignas que los atacaran y pusieran en peligro su descanso.

c) Construir distintos tipos de receptáculos preparados para depositar a los personajes (tumbas, cajas en el interior de templos), aún en los casos de gente de bajo estrato social (fosas); todo ello enfocado hacia el pensamiento ideológico de «volver a la madre tierra», en forma similar al nacimiento, bajo la protección de los dioses. Habrá que recordar que la Tierra fue uno de los elementos naturales venerados en el mundo prehispánico. Existe la hipótesis sobre la forma de las tumbas de tiro de que ejemplifican el nacimiento y la muerte; el tiro representa la vagina y la cámara el útero de la mujer, quien es la portadora de la vida de un nuevo ser humano. Así llega a este mundo al nacer, por lo que, a su muerte, el hombre debe regresar a la madre Tierra de forma similar.

La diferencia con las culturas del centro y sur de México se da en que las acciones de la costumbre mortuoria se manifestaron de acuerdo al desarrollo socioeconómico, el poderío bélico y la capacidad de expandirse de cada sociedad. En ese sentido, se entiende que a mayor riqueza lograda mayor esplendor se tenía en perpetuar la memoria de sus dirigentes (civiles y religiosos); como ejemplo, tenemos las culturas maya, zapoteca y mexica principalmente, donde se construyeron tumbas extraordinarias en el interior de los templos y los señores fueron acompañados con prodigiosos objetos de ofrenda.

En el norte y occidente de México las culturas no alcanzaron ese poderío socioeconómico, la belicosidad ni la expansión de su territorio mediante la conquista. Sin embargo, los personajes más importantes fueron acompañados por ofrendas que demostraban su devoción a los dioses y, a su vez, perpetuaban su memoria. Por ejemplo, en las tumbas de tiro se nota la presencia del poder económico de la sociedad en la cual vivie-

ron. En esta costumbre existen diferencias: las hay donde el personaje principal fue depositado acompañado por mujeres y sacerdotes. Estas tumbas pueden ser para un solo evento o subsecuentes depósitos. Una segunda variedad fue el uso de una tumba para un solo evento y para un único personaje, pero en todas ellas el depósito humano fue acompañado por un conjunto de figurillas huecas que posiblemente representen a las deidades de estas sociedades; y en los «grandes desarrollos» del norte los personajes fueron depositados bajo templos y lugares de importancia social y religiosa.

Es relevante señalar que en estas vastas regiones se desconoce la representación de sus deidades por carecer del conocimiento de la esencia de su ideología y querer buscar rasgos de los dioses identificados en las culturas del centro y sur de México.

Considero personalmente que falta mucho para reconocer deidades entre estas culturas, pero estoy segura de que están presentes cuando se observa el avanzado desarrollo que lograron en todos sentidos: social, económico, cultural e ideológico, así como sus magníficas construcciones, la distribución de estas en el interior del sitio o su conocimiento astronómico; todo ello señala la presencia de una religión bien organizada y, en consecuencia, un panteón de dioses con sus correspondientes representaciones.

Habrá que resaltar la dinámica de intercomunicación ejercida entre los pueblos de esta amplia zona, cuyos resultados se observan en el intercambio y adopción de ideas y conceptos a través del comercio en ausencia de evidencias bélicas; basta apreciarlo en algunos ejemplos mencionados, como en las tumbas de caja de La Higuera o en los entierros en el interior de un templo o edificio muy importante de Alta Vista. En ambos casos, los personajes fueron acompañados por ofrendas de objetos muy significativos para esas sociedades, tales como las copas con decoración *seudo-cloisonné* o la cerámica de elaboración muy compleja que incluía representaciones relacionadas con la religión. En la cultura Bolaños también apareció este tipo cerámico asociado a entierros descubiertos dentro del centro ceremonial del sitio. En base a lo dicho se supone que dicha cerámica fue de uso limitado, posiblemente para la «elite» de la sociedad y, a su vez, señala el contacto que mantuvieron los pueblos que habitaron esta vasta zona (Cabreró 2016).

Otro indicio que confirma el intenso contacto comercial desplegado en toda manifestación humana del centro, occidente y norte de México fue la presencia de la piedra verde, considerada «sagrada» en el mundo

prehispánico. Se obtenía de los yacimientos de turquesa de Nuevo México y se ha comprobado que las caravanas comerciales teotihuacanas y, con posterioridad, las de los mexicas obtuvieron principalmente esa preciada piedra verde de dichas fuentes. Además, se ha identificado a través de los análisis geológicos una amplia variedad de piedras de color azul-verde provenientes de otras partes de México (López 2007; Oliveros 2004).

En muchos sitios del occidente y del norte hay presencia de objetos hechos con piedra verde, pero Alta Vista sobresale por ser uno de los puntos que posiblemente mantenían un intenso contacto con las caravanas procedentes del centro de México; de ahí los frecuentes descubrimientos de entierros de personajes acompañados por adornos corporales muy elaborados, hechos con turquesa obtenida de los yacimientos de Nuevo México (Kelley 1980).

La codiciada piedra llegó hasta Teotihuacan, donde se han encontrado cientos de objetos hechos con este mineral; posteriormente a Tula y finalmente a Tenochtitlan, utilizando la ruta original a través del interior del país que ya se mencionó con anterioridad y que inicialmente partía de Teotihuacan, para atravesar después la zona de Tula y dirigirse hacia el norte, donde alcanzaba La Quemada, el área de Chalchihuites y Casas Grandes hasta llegar a Nuevo México (Di Peso 1974; Kelley 1980; Medina y García 2010; Berdan 2016; Melgar 2016).

Un rasgo distintivo del mundo prehispánico en general, en el que se incluye el norte de México, fue la astronomía. El conocimiento de los astros celestes y su movimiento en el universo fue uno de los avances más sobresalientes. El sol y la luna fueron principalmente adorados y de ellos se deriva el calendario del año. Es muy probable que el desarrollo de esta ciencia tuviera su origen en la majestuosidad del universo y la observación de las estaciones del año para el cultivo de plantas (Galindo 2001, 2009).

Deseo hacer hincapié en que los sitios mencionados en este trabajo carecen de evidencias bélicas, aun cuando generaron desarrollos culturales grandes y avanzados en arquitectura, cerámica y astronomía a pesar de la presencia de rituales mortuorios que, a nuestro juicio, serían rasgos de barbarie, como el desmembramiento y la exposición de cráneos y huesos humanos. A mi entender representan únicamente tradiciones relacionadas con su ideología (religión y cosmovisión). Me atrevo a señalar que las costumbres consideradas para nosotros «sanguinarias» cumplían el objetivo de congraciarse con los «dioses» celestes para beneficio de los hombres.

Para terminar, deseo mencionar que, si consultamos la historia del mundo, encontramos que está plagada de hechos sanguinarios a través de todas las épocas y todas las civilizaciones, con múltiples justificaciones, por lo que llegamos a la conclusión de que esta conducta es inherente a la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, M. R. 1994. Los entierros del fraccionamiento San Juan Atoyac, Jalisco. En *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, ed. E. Williams. El Colegio de Michoacán.
- ACOSTA, M. R. 2017, ED. Los *tzompantlis* en Mesoamérica. *Arqueología Mexicana* 148.
- ACOSTA, M. R., G. URUÑUELA. 1997. Patrones de enterramiento en la Cuenca de Sayula: la fase Amacueca en Atoyac. En *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, pp. 179-191. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, INAH.
- ACOSTA, M. R., G. URUÑUELA. 2005. Los entierros explorados en la Cuenca de Sayula. En *Arqueología de la Cuenca de Sayula*, eds. F. Valdez, O. Schöndube, J. P. Emphoux. Universidad de Guadalajara, Institut de recherche pour le développement.
- BARRERA, R., A. KRACZKOWSKA. 2009. Guerreros en Nayarit. Testimonios de una herencia ancestral. *Arqueología Mexicana* 16, 95: 22-29.
- BERDAN, F. 2016. La turquesa y la economía en Mesoamérica durante el Posclásico. *Arqueología Mexicana* 24, 141: 74-79.
- CABRERO G., M. T. 1989. Rescate arqueológico en Culiacán, Sinaloa. *Antropológicas* 3: 39-65.
- CABRERO G., M. T. 2016. Presencia de la cerámica pseudo-cloisonné en la cultura Bolaños, Jalisco y Zacatecas. *Advances in Archaeology* 2: 41-54 = *Arqueología Iberoamericana* 16 (2012): 11-24.
- CABRERO G., M. T. 2016. La concha en la cultura Bolaños. *Advances in Archaeology* 2: 68-82 = *Arqueología Iberoamericana* 22 (2014): 3-17.

- CABRERO G., M. T. 2016. Presencia teotihuacana en la cultura bolaños. *Advances in Archaeology* 2: 109-117 = *Arqueología Iberoamericana* 27 (2015): 3-11.
- CABRERO G., M. T. 2016. La cosmovisión del Occidente de México en la tradición de tumbas de tiro con énfasis en la cultura Bolaños. *Advances in Archaeology* 2: 118-136 = *Arqueología Iberoamericana* 30 (2016): 51-69.
- CABRERO G., M. T. 2019. Vida y muerte en la cultura Bolaños. *Advances in Archaeology* 5: 84-93 = *Arqueología Iberoamericana* 44 (2019): 50-59.
- CABRERO G., M. T., J. C. GARCÍA JIMÉNEZ. 2015. Entierros intencionales de perros en la cultura Bolaños, Jalisco. *Arqueología Iberoamericana* 26: 13-24.
- CABRERO G., M. T., C. LÓPEZ CRUZ. 2002. *Civilización en el norte de México II*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- CARPENTER, J., G. SÁNCHEZ. 2012. Prácticas mortuorias en Sinaloa prehispánica. En *Congreso Internacional de Americanistas*. Viena.
- CEJA MORENO, M. 1991. Prácticas funerarias de los antiguos habitantes de Sinaloa. *Estudios de Antropología Biológica* 5, 1: 91-99.
- DI PESO, C. C. 1974. *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. Flagstaff, Arizona: Amerind Foundation, Northland Press.
- FAULHABER, J. 1960. Breve análisis osteológico de los restos humanos de La Quemada, Zac. *Anales del Museo Nacional de México* 12: 131-149.
- GALINDO T., J. 2001. La observación celeste en el pensamiento prehispánico. *Arqueología Mexicana* 8, 47: 29-35.
- GALINDO T., J. 2009. La astronomía prehispánica en México. *Ciencia* 60, 1: 18-31. México.
- GALVÁN VILLEGAS, J. 1991. *Las tumbas de tiro del valle de Atemajac, Jalisco*. Colección Científica, Serie Arqueología 239. México: INAH.
- GARCÍA JIMÉNEZ, J. C. 2013. *Los antiguos pobladores del cañón de Bolaños, Jalisco caracterizados por sus entierros. Un estudio osteológico y de prácticas funerarias*. Tesis de Licenciatura. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- GILL, G. W. 1971. *The Prehistoric Inhabitants of Northern Coastal Nayarit: Skeletal Analysis and Description of Burials*. Tesis doctoral inédita. Laurence: Department of Anthropology, University of Kansas.
- GÓMEZ, A., A. VÁZQUEZ, J. I. MACÍAS. 2007. Evidencias de prácticas rituales en La Quemada, Zacatecas: análisis de un osario. *Estudios de Antropología Biológica* 13: 431-446.
- GONZÁLEZ G., J. A. 2001. *La arqueología del sitio de Los Toriles, Ixtlán del Río, Nayarit*. Tesis de Licenciatura. México: ENAH-INAH.
- GONZÁLEZ T., Y. 2013. El *tzompantli* en Mesoamérica y las 'torres de cabeza' en Asia. *Arqueología Mexicana* 21, 120: 75-79.
- GONZÁLEZ, L., J. BELTRÁN. 2013. *Informe parcial. Reporte de la excavación de las costas del sitio La Pitayera*. Archivo del Proyecto Autopista Jala-Compostela, Ahuacatlán. INAH.
- HERS, M. A. 1989. *Los toltecas en tierras chichimecas*. Cuadernos de Historia del Arte 35. UNAM.
- HERS, M. A. 2017. Origen norteño del *tzompantli*. *Arqueología Mexicana* 25, 148: 72-74.
- HULSE, F. H. 1945. Skeletal material. Appendix III. En *Excavations at Culiacan, Sinaloa*, I. Kelly. *Iberoamericana* 25. University of California Press.
- KELLEY, E. A. 1978. The Temple of the Skulls at Alta Vista, Chalchihuites. En *Across the Chichimec Sea: Papers in Honor of J. Charles Kelley*, eds. C. L. Riley, B. C. Hedrick. Southern Illinois University Press.
- KELLEY, J. C. 1980. Alta Vista, Chalchihuites: 'Port of Entry' on the Northwestern Frontier of Mesoamerica. En *Rutas de Intercambio en Mesoamérica y Norte de México. XVI Mesa Redonda*, pp. 53-64. Sociedad Mexicana de Antropología.
- LONG, S. 1967. Formas y distribución de tumbas de pozo y cámara lateral. *Razón y Fábula* 1: 73-87. Bogotá: Universidad de los Andes.
- LÓPEZ MESTAS CAMBEROS, L. 2003. Excavaciones en La Higuera, Tala, Jalisco. *Revista del Seminario de Historia Mexicana* 4, 1: 11-33. Universidad de Guadalajara.
- LÓPEZ MESTAS CAMBEROS, L. 2007. *Las piedras verdes en el centro de Jalisco*. FAMSI.
- LÓPEZ MESTAS CAMBEROS, L. 2014. Los perros en el Occidente de México. *Arqueología Mexicana* 21, 125: 48-53.
- LÓPEZ MESTAS CAMBEROS, L., J. RAMOS DE LA VEGA. 1998. Excavating the tomb at Huitzilapa. En *Ancient West Mexico: Art and Archaeology of the Unknown Past*, ed. R. F. Townsend, pp. 53-70. The Art Institute of Chicago.

- MATOS M., E., R. BARRERA, L. VÁZQUEZ. 2017. El Huei Tzompantli de Tenochtitlan. *Arqueología Mexicana* 25, 148: 52-57.
- MEDINA, J. H., B. L. GARCÍA. 2010. *Alta Vista a cien años de su descubrimiento*. Gobierno del Estado de Zacatecas y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, INAH.
- MELGAR, E. R. 2016. Las turquesas en el Templo Mayor de Tenochtitlan. Piedras de fuego y emblemas de poder. *Arqueología Mexicana* 24, 141: 69-72.
- NELSON, B. A. 2004. *Excavaciones de un enterratorio en la Plaza 1 de Pilarillos, Zacatecas, México*. FAMSI.
- NELSON, B. A., J. A. DARLING, D. A. KICE. 1992. Mortuary Practices and the Social Order at La Quemada, Zacatecas, Mexico. *Latin American Antiquity* 3, 4: 298-315.
- OLAY, M. Á. 2004. *El Canal, Colima. Lugar que habitan los custodios del agua*. México: Universidad de Colima, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- OLIVEROS, A. 2004. *Hacedores de tumbas en El Opeño, Jacona, Michoacán*. El Colegio de Michoacán, México.
- SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO. 1969. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. México: Editorial Porrúa.
- SCHÖNDUBE, O., J. GALVÁN. 1978. *Salvage Archaeology at El Grillo-Tabachines, Zapopan, Jalisco, Mexico*. En *Across the Chichimec Sea: Papers in Honor of J. Charles Kelley*, eds. C. L. Riley, B. C. Hedrick. Southern Illinois University Press.
- SELER, E. 1996. The animal pictures of the Mexican and Maya manuscripts. En *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, ed. C. P. Bowditch, v. 5, pp. 165-340. Culver City, California: Labyrinthos.
- SOLARI, A. 2008. Cráneos de *tzompantli* bajo la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. *Cuicuilco* 15, 42: 143-163. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ZAVALETA L., M., R. M. FLORES, A. S. ALCÁNTARA. 2016. Análisis bioarqueológico de una tumba de tiro en Colima. *Estudios de Antropología Biológica* 18, 2: 69-83.